

El cerebro y la invención de Morel

José Gordon

La escena es conmovedora, suele ocurrir en los hospitales después de una operación que requiere medicamentos muy poderosos para aliviar el dolor del paciente: la memoria, que antes era tan sólo un pensamiento vago, encarna, vive de nuevo toda su realidad tridimensional, pero únicamente ante los ojos del enfermo. Desde afuera uno ve gesticulaciones al aire: el familiar hospitalizado está zurciendo un saco invisible para nosotros, conversa con amigos que sabemos que ya están muertos. “La iglesia se está cayendo, hay que ayudar”, decía un pariente mío al revivir de nuevo el temblor de Orizaba muchos años después, en medio de sueros de transfusión.

Los sentimientos de miedo, aprensión y compasión se entremezclan. Uno no desea interferir con esa realidad imposible de apreciar. Sentimos que no debemos romper violentamente el esquema que el otro percibe. ¿Cómo decirle a un paciente que sufre el *delirium tremens* producido por el alcoholismo, que el toro que se le viene encima no es real? A veces dan deseos de prestarle un capote. Dicho de otra manera, al tigre del sueño sólo se le combate con el rifle del sueño.

¿Cómo cobran vida los recuerdos? ¿Cómo es que se puede revivir una experiencia como si la estuviéramos tocando, como si fuera una repetición instantánea que conserva los perfiles, la sensación, la nitidez de la secuencia del pasado?

LA PANTALLA DE LA CONCIENCIA

En *La invención de Morel*, el escritor argentino Adolfo Bioy Casares describe una isla en la que se observan personajes que bailan,

que suben y bajan escaleras, que se mueven de un lado al otro de una manera que nos parece normal hasta que, después de varios días del tiempo novelístico, descubrimos que se trata de una secuencia que se repite una y otra vez, es una especie de película encarnada que surge de un proyector activado por la energía de las mareas.

La invención de Morel también parece ocurrir en el proyector denominado cerebro, activado por la marea del dolor o por la estimulación de ciertas áreas de la corteza cerebral.

Los estudios del cirujano Wilder Penfield nos pueden brindar cierta luz al respecto. Desde los años treinta comenzó a realizar investigaciones sobre los cerebros de pacientes epilépticos. Mediante una aguja eléctrica tocaba varias partes de la corteza cerebral (un procedimiento que no causa dolor) a la vez que conversaba con los pacientes. Cuando estimulaba las zonas que controlan las funciones superiores del pensamiento, se evocaban todo tipo de experiencias. Cualquier momento del pasado regresaba con gran nitidez, podía volverse a reproducir exactamente como si estuviera sucediendo de nuevo.

En este marco, Penfield describe la experiencia que tuvo con un joven de Sudáfrica. El muchacho estaba muy sorprendido ya que se veía a sí mismo muy lejos, en una granja de su país, riendo con un primo, a la vez que estaba plenamente consciente de que descansaba sobre una mesa de operación en Montreal.

Para Penfield esto implicaba que una realidad totalmente convincente podía evocarse a partir del cerebro. El sol, la granja y el primo del paciente eran tan reales como la vida misma. Lo que más intrigó a Penfield fue que ese hombre no creía *estar* en Sudá-



Pablo Picasso, *La sombra*, 1953

frica. Su conciencia mantenía simultáneamente dos pistas. Sabía que la imagen del cerebro era algo parecido a la proyección de la invención de Morel.

En otros experimentos, Penfield tocó lugares específicos de la corteza que hacían cambiar visualmente el tamaño del cuarto de operación. Repentinamente se volvía más grande o más pequeño, pero el paciente sabía que se trataba de una ilusión óptica aunque fuera lo único que podía ver. No decía: “El cuarto se está haciendo más grande” sino “estoy viendo que el cuarto parece ser más grande”. Esto podría sonar como una distinción muy sofisticada, pero para Penfield demostraba algo muy importante: la percepción puede ser estudiada fuera de los pensamientos e imágenes que usualmente la llenan. La conciencia es como una pantalla en la que vemos desfilar secuencias de color y movimiento tan intensas que nos hacen olvidar que en el transfondo hay una realidad que no cambia y es testigo de la acción: la pantalla.

Volvamos ahora a la imagen del hospital en que apenados vemos a un paciente gesticular en el aire, conversar con la nada. Tocamos el borde de la cama y nos quedamos pensando: ¿ante los ojos de quién estamos haciendo mímica en el aire? ¿Cuáles son las zonas del cerebro que activan el recuerdo anticipado del presente? ¿Nos daremos cuenta de que en el borde del ojo no ocurre nada? ¿Está ahí la pantalla donde se proyecta la invención de Morel? ▣